

SALLY GARDNER

Ilustraciones de
David Roberts

LA
DESAPARICIÓN
DE BILLY BUCLE



HADAS O S.A.

AGENCIA DE DETECTIVES MÁGICOS

LA DESAPARICIÓN DE BILLY BUCLE



AGENCIA DE DETECTIVES MÁGICOS

SALLY GARDNER

Ilustraciones de

David Roberts

LA DESAPARICIÓN
DE BILLY BUCLE



AGENCIA DE DETECTIVES MÁGICOS

ANAYA

Título original: *Wings & Co. The Vanishing of Billy Buckle*

1.ª edición: octubre de 2015

© Del texto: Sally Gardner, 2013

© De las ilustraciones: David Roberts, 2013

Publicado por primera vez en Gran Bretaña por Orion Children's Books.

© De la traducción: Jaime Valero Martínez, 2015

© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2015

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-678-7170-8

Depósito legal: M-24365-2015

Impreso en España - Printed in Spain

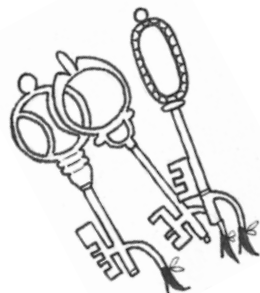
Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*,
publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

A Julia Paton,
una amiga muy querida que siempre da en el cebo



Capítulo uno



La famosa agencia de detectives mágicos, Hadas, S. A., tenía un problema. Un problema muy grande. De hecho, se podía decir que tenía un problema gigantesco. Billy Bucle, el gigante, había desaparecido, y por si eso no diera cuenta suficiente del tamaño de aquel aprieto, además había dejado a su hija de seis años, Prímula, al cuidado de los detectives: Fidel el gato, Emily Vole y Buster Ignatius Spicer.

El problema era que Prímula, al ser hija de un gigante, crecía un poquito todos los días. A no ser que los tres detectives encontraran a Billy Bucle, y pronto, Prímula se haría tan grande que no podría entrar ni salir de la tienda. Sin embargo, tal y como Emily había aprendido en casos anteriores, nada que tenga

que ver con seres mágicos, ya se trate de brujas, elfos, duendes o gigantes, resulta sencillo.

Emily Vole, la Guardiana de las llaves, había heredado Hadas, S. A. de la señorita String, una anciana entrañable que vivía en la casa de al lado de los espantosos padres adoptivos de Emily, los Dashwood. Fue la señorita String quien salvó a Emily de ser su sirvienta convertida en niñera sin remuneración. Le enseñó a leer y a escribir, y muchas otras cosas. Durante el primer caso que investigaron juntos, Fidel y Emily encontraron al famoso detective mágico, Buster Ignatius Spicer, al que un duende había encogido al tamaño de un muñeco y encerrado en una pajarera. Emily compró la pajarera y liberó a Buster, pero este siguió pensando que: A) Emily no debería haber heredado la agencia de detectives, y B) Emily no debería haberse convertido en la Guardiana de las llaves. No era un hada, así que por derecho propio ese cargo debería haber sido para él, un hada de pura cepa. Pero quizá la verdadera razón para el permanente malhumor de Buster fuera que llevaba un siglo teniendo la misma edad, y lo único que no había experimentado ya de tener once años era el hecho de pasar a tener doce.

Después estaba Fidel. Emily podía imaginarse muchas cosas, pero jamás una vida sin su querido Fidel. Era un gato pardo, elegante y de pelo largo, de ciento noventa centímetros de altura, que antaño trabajó como constructor para un mago hasta que la bruja Harpella lo convirtió en gato.

Y ahí estaban todos, con un problema gigantesco.



Todo comenzó un lunes pasado por agua cuando Fidel le dijo a Emily que su viejo amigo, el gigante Billy Bucle, estaba buscando a alguien que cuidara de su hija Prímula durante un fin de semana.

—¿Por qué? —preguntó Emily.

Habían ocurrido tantas cosas extrañas desde que Emily conoció a Fidel que el hecho de que tuviera un amigo gigante no le pareció nada fuera de lo corriente.

—Porque toca el fagot en la banda de Los Papi-tristes y van a celebrar un concierto de reunión.

—¿Por qué no puede llevarse a su hija con él? —preguntó Emily.

—Por el Estibador Birojo —respondió Fidel.



—¿El Estibador Birojo? —repitió Emily.

—Sí. Vive en una cueva en el Valle de la Muerte —dijo Fidel, que estaba sentado en su butaca favorita, tejiendo un sombrero de algodón con forma de pez mientras la lluvia caía en el exterior. Aquel tiempo, pensó Emily, no era muy propio del verano.

—Nunca he oído hablar de él. ¿Está cerca de Podgy Bottom? —preguntó.

—¡Que apaleen a un pescadero! No está ni remotamente cerca de aquí. Está en la tierra de los gigantes —dijo Fidel.

—¿Cómo es que conoces a Billy Bucle? —preguntó Emily.

—Billy fue un gran amigo de la señorita String —respondió él.

Todo lo relacionado con la difunta señorita Ottoline String siempre captaba la atención de Emily.

Fidel y la señorita String conocieron a Billy Bucle hacía muchas lunas, cuando los detectives mágicos estaban investigando el caso del arpa desaparecida. Desde entonces, el gigante los había visitado a menudo para tomar el té, hasta que se mudó.

—¿En serio? —preguntó Emily, impresionada. Intentó imaginarse a un gigante sentado en una de las tumbonas de la señorita String y bebiendo té de una taza ridículamente pequeña—. ¿Y adónde se mudó?

—Nunca lo supimos, patita mía —respondió Fidel—. Eso es lo que pasa con los gigantes. Tienen unas piernas muy largas. En cualquier caso, ahora, de repente, he tenido noticias de él.

—¿Cómo?

—Existe un servicio de correos —dijo Fidel.

—¿Te refieres a cartas? ¿Con sellos? ¿No a los *e-mails*?

—Bueno, no con sellos exactamente. Ni tampoco concretamente con *e-mails*. A veces, patita mía —dijo Fidel con dulzura—, tengo que pellizcarme para recordar que no eres un hada.

—Ay, cielos —se lamentó Emily—. Ojalá lo fuera. Eso quizá facilitaría las cosas. Para empezar, Buster no sería tan borde conmigo.

—No tiene importancia —dijo Fidel—. Yo no cambiaría una sola escama de ti.

—¿Qué es exactamente un Estibador Birojo? —preguntó Emily.

—Es un ogro..., la mayor parte del tiempo, ya que para colmo de males, tiene la molesta costumbre de cambiar de forma.

—Vaya —dijo Emily—. ¿Como si se convirtiera en un... en un... hipopótamo?

—Sí. Esa clase de cosas.

—¿O en un... pez?

—Si hiciera eso —dijo Fidel—, lo enlataría sin perder un segundo.

Fidel comenzó a menear los bigotes, lo cual solía significar que había cumplido su cupo de responder preguntas.

Emily estaba decidida a descubrir más cosas antes de que Fidel se marchara en busca de sándwiches de pasta de pescado.

—Así que esa es la razón por la que Billy Bucle no se va a llevar a su hija.

—Has dado en el cebo —dijo Fidel—. Es sabido que el Estibador Birojo ha secuestrado a más de un viajero. En una ocasión, capturó a la mujer de un hechicero y no la dejó marchar hasta que el hechicero accedió a enseñarle al Estibador Birojo unos cuantos hechizos. Un hechizo mágico en manos del Estibador

Birojo es una cosa muy, pero que muy peligrosa. Quién sabe lo que podría hacer con ello.

A Emily le habría gustado preguntar por qué Prímula no podía quedarse con su madre si el Valle de la Muerte era tan peligroso, y saber qué más cosas podía hacer un Estibador Birojo, pero se dio cuenta de que Fidel estaba sumido en una de sus ensoñaciones. Después se marchó, murmurando entre dientes algo sobre sándwiches de pasta de pescado.

Emily intentó descubrir más cosas acerca del ogro a través de Buster. El detective estaba despatarrado en su cama hojeando una revista. Alzó la mirada hacia Emily.

—¿Crees que mi ropa parece un poco anticuada? —dijo—. ¿Ha llegado el momento de ponerse al día?

—¿Qué sabes sobre el Estibador Birojo? —preguntó Emily.

—No vayas diciendo su nombre por ahí. Trae mala suerte —dijo Buster.

—¿Por qué? —preguntó Emily.

—Porque tiene la capacidad de ofuscar a las hadas.

—¿Ofuscar?

—Ajá —dijo Buster—. Una más de las muchas cosas que desconoces sobre las hadas. ¿Sabes que los murciélagos emiten un ruido muy agudo que rebota hacia ellos para que así puedan encontrar su camino en la oscuridad?

—Sí —respondió Emily—. Sí que lo sé. —Los murciélagos le interesaban mucho.

—Bueno, pues las hadas hacen lo mismo y el Estibador Birojo puede ofuscar sus percepciones, lo cual es muy serio.

—¿Quieres decir que las hadas se chocan contra las cosas y no consiguen encontrar su camino?

Pero para entonces Buster se había aburrido del tema.

—Mira estas zapatillas —dijo—. Son geniales. Las hay doradas y plateadas, e incluso zapatillas con luces que parpadean. Creo que con estas tendría un aspecto superguay.

Emily suspiró. ¿Por qué nadie le contaba más cosas sobre el Estibador Birojo? Parecía interesante, y desde que habían resuelto el caso de los deseos del elfo, no había ocurrido nada interesante. Su existencia había adoptado un ritmo aletargado. El tiempo se ha-

bía vuelto más cálido, los árboles se habían puesto verdes y Buster salía a volar... un montón.

La lámpara mágica, que durante un tiempo perteneció a la bruja Harpella, pero que había pasado una nueva página en su vida, se pasaba ahora las horas delante del espejo sacándose brillo y animando a las llaves a que siguieran una rutina de higiene más completa. Emily se preguntaba a veces si el título de Guardiania de las llaves no debería pertenecer a la lámpara mágica en lugar de a ella, ya que las llaves no hacían una sola cosa de las que Emily les pedía. Como abrir los cajones de las singulares vitrinas y devolver las alas a sus legítimos propietarios. Solo parecían hacer caso a la lámpara y la seguían a todas partes. En cuanto a Donut, el diminuto perro salchicha que había sido adoptado por los detectives durante el caso de los deseos del elfo, se pasaba la mayor parte del día durmiendo o esperando a que lo sacaran a pasear. Fidel se dedicaba a tejer sin parar nuevos sombreros, bufandas, guantes y jerseys, todos con forma de pescado. Incluso había tejido un vestido para Emily que acababa en una punta con forma de pez. Emily estaba muy orgullosa de ese vestido y se lo ponía a menudo.

El acontecimiento más emocionante en mucho tiempo fue la llegada de Billy Bucle y Prímula. Llegaron una tarde de julio pasada por agua, dos semanas atrás. Lo primero que Emily vio de Billy fueron unos enormes zapatos rojos en la entrada de la tienda. Por encima de ellos se alzaban unos calcetines de rayas y unos pantalones de tela escocesa. Billy era tan alto como el segundo piso, y en cuanto a Prímula, incluso agachada tuvo dificultades para atravesar la puerta de la tienda.

Billy Bucle se agachó para hablar con Fidel.

—Es muy amable por tu parte, colega —dijo—. Los chicos están entusiasmados con mi presencia. Al fin, la banda de Los Papitristes volverá a reunirse.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —le preguntó Fidel.

—Un par de días a lo sumo. Si no fuera por el Estibador Birojo, me llevaría a Prímula. Pero, ya sabes..., es demasiado arriesgado. Puedo cuidar de mí mismo, pero ella es solo una criaturita.

Le dio un beso a Prímula, le dijo que se portara bien y emprendió su camino.

Desde entonces no habían vuelto a tener noticias de Billy Bucle. Fidel había realizado las pesquisas



habituales y se había carteadado con los demás Papitristes. Lo único que sabían era que Billy Bucle había realizado dos actuaciones con la banda antes de marcharse para recoger a Prímula. Fidel había puesto incluso un anuncio en *El mundo de las hadas internacional*. Decía, simplemente, que cualquier persona que tuviera alguna información sobre el paradero de Billy Bucle se pusiera en contacto con Hadas, S. A.

Emily le había preguntado discretamente a Fidel si el Estibador Birojo podría ser el responsable. Él intercambió nuevas cartas para averiguarlo.

—Definitivamente, no —dijo Fidel—. Billy desapareció antes de llegar al Valle de la Muerte.

Aún no había respondido nadie al anuncio.

Aquello, decidió Emily, era un caso para Hadas, S. A. Y necesitaban resolverlo cuanto antes, porque Prímula no paraba de crecer cada día.

ASCÓMANTE A LA TIENDA MÁGICA



La famosa agencia de detectives mágicos
Hadas, S. A. tiene un gran problema.

Bueno, unos cuantos, en realidad: la desaparición del gigante, Billy Bucle, que se esfumó sin dejar rastro; la inesperada visita a la costa; el robo del diamante; ese peliagudo asunto del concurso de talentos de la tele y hasta un asesinato. ¡Calamares con calambres! Este es el caso más complicado al que Emily, Buster y el gato Fidel se han enfrentado hasta la fecha.



www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN 978-84-678-7170-8

1578231



9 788467 871708

Ilustración de cubierta: David Roberts

ANAYA